



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XIV. Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPÍTULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.



ENTRE muchas razones que pasaron don Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á don Quijote: finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir, mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina (1) á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cual ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fué á desafiar á aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria mujer del mundo (2). Llegué, víla, y vencíla, é hicéla estar queda y á raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez tambien hubo que me mandó fué á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando (3): empresa mas para encomendarse á ganapanes (4) que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra (5): ¡peligro inaudito y temeroso! y que

(1) Palabra salida de la italiana *madrigna*, adoptada por Cervantes: significa la Madrastra, cuyo nombre dió Ovidio (*Metamorph.* l. 9. v. 454) á Juno por haber hecho los oficios de tal con Hércules. — P.

(2) La Giralda, del verbo girar, ó dar vueltas, de que tratan los historiadores de Sevilla, es en efecto una figura de bronce de la altura de cuatro varas y media, y del peso de 36 quintales, colocada por veleta en 1568 sobre la torre que lleva el mismo nombre, antiguo observatorio de los árabes, y despues campanario de la catedral cuando la conquista, en 1248.

(3) Los toros de Guisando son cuatro masas de piedra berroqueña que se hallan en una viña que pertenece al convento de frailes gerónimos de Guisando, en la provincia de Avila, entre Cadalso y Cebreros. Tienen figura como de toro, aunque ya muy alterada. Los toros de Guisando son célebres en nuestra historia, porque allí fue donde se concluyó el tratado en que Enrique IV, despues de su deposicion por las cortes de Avila, reconoció por heredera del trono á su hermana Isabel la Católica, con exclusion de su hija Juana, llamada *la Beltraneja*. — MARTINEZ DEL ROMERO.

(4) Dase este nombre, dice Covarrubias, á los que ganan su vida y el pan que comen á llevar á cuestras y sobre sus hombros las cargas, hechos unos Atlantes: son ordinariamente hombres de muchas fuerzas. — Arr.

(5) En una de las cumbres de la Sierra de Cabra, en la provincia de Córdoba, hay una abertura, quizá el

le trajese particular relacion de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. De-



tuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros, que por ellas vagáren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo

este vencimiento hago cuenta que he vencido á todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y

Tanto el vencedor es mas honrado

Cuanto mas el vencido es reputado (1);

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido don Quijote.

Admirado quedó don Quijote de oír al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el *mentis* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: de que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Como no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con don Quijote y le vencí y rendí y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos (2): campea debajo del nombre del *caballero de la Triste figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo como la mia, que por llamarse Ca-

cráter de un volcan apagado, que los del país llaman Boca del Infierno. En 1685, bajó un vecino, por medio de cuerdas, para sacar el cadáver de un hombre asesinado, y por su relacion se conjetura que la sima de Cabra, debe tener 145 varas de profundidad.

(1) Tomó esta sentencia Cervantes, aunque con alguna variacion, de los versos de la *Araucana* de Ercilla, canto primero, octava segunda. — Arr.

(2) Aquí parece quiso retratarse á sí mismo Cervantes, pues estas son las señas que da de sí en el prólogo de sus *Novelas*. — Arr.

silda y ser de Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia (1). Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad.

Sosegaos, señor caballero, dijo don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber que ese don Quijote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios no há mas de dos días (2) que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán trasformado á don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas á pie ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pie, y se empuñó en la espada, esperando que resolucion tomara el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo: al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor don Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á oscuras como los salteadores y rufianes, esperemos el día para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y convenencia, respondió don Quijote; y en diciendo esto se fuéron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les saltó el sueño. Despertáronlos, y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fuéron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque á Sancho: ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus abijados riñen: dígoles, porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo menos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto mas que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores peleen; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la

(1) La Vandalia es Andalucía. La antigua Bética tomó este nombre cuando los Vándalos se establecieron en ella en el siglo v: y de Vandalia ó Vandalicia, los árabes, que no tenían V en su lengua, hicieron *Andalucia*.

(2) No había ni aun uno.

cuento por partida y dividida en dos partes : hay mas , que me imposibilita el reñir el no tener espada , pues en mi vida me la puse (1).

Para eso sé yo un buen remedio , dijo el del Bosque : yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mismo tamaño : tomareis vos la una , y yo la otra , y reñiremos á talegazos con armas iguales. Desá manera sea en buena hora , respondió Sancho , porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. No ha de ser así , replicó el otro , porque se han de echar dentro de las talegas , porque no se las lleve el aire , media docena de guijarros lindos y pelados , que pesen tanto los unos como los otros , y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad ¡ cuerpo de mi padre ! respondió Sancho , que martas cebollinas (2) ó que copos de algodón cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascós , y hechos alheña los huesos ; pero aunque se llenáran de capullos de seda , sepa , señor mio , que no he de pelear : peleen nuestros amos ; y allá se lo hayan , y bebamos y vivamos nosotros , que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas sin que andemos buscando appetites para que se acaben antes de llegar su sazón y término , y que se cayán de maduras. Con todo , replicó el del Bosque , hemos de pelear siquiera media hora. Eso no , respondió Sancho , no seré yo tan descortes ni tan desagradecido que con quien he comido y he bebido trabe cuestion alguna , por mínima que sea ; cuanto mas que estando sin cólera y sin enojo ¿ quién diablos se ha de amañar á reñir á secas ? Para eso , dijo el del Bosque , yo daré un suficiente remedio , y es , que antes que comencemos la pelea yo me llegaré bonitamente á vuesa merced , y le daré tres ó cuatro bofetadas , que dé con él á mis pies , con las cuales le haré despertar la cólera , aunque esté con mas sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro , respondió Sancho , que no le va en zaga : cogere yo un garrote , y antes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera , haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya , que no despierte sino fuere en el otro mundo , en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie ; y cada uno mire por el virote (3) , aunque lo mas acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno , que no sabe nadie el alma de nadie , y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado ; y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas porque si un gato acosado , encerrado y apretado se vuelve en leon , yo que soy hombre , Dios sabe en lo que podré volverme . y así desde ahora intimo á vuesa merced , señor escudero , que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien , replicó el del Bosque ; amanecerá Dios y medraremos.

En esto ya comenzaban á gorgear en los árboles mil suertes de pintados pajariños , y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora , que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro , sacudiendo de sus cabellos un número infinito de liquidas perlas , en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljofar , los sauces destilaban maná sabroso , reíanse las fuentes , murmuraban los arroyos , alegrábanse las selvas , y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas , cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fue la nariz del escudero del Bosque , que era tan grande que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza , corva en la mitad y toda llena de berrugas , de color amoratado como de berengena ; bajábale dos dedos mas abajo de la boca ,

(1) O es mentira de Sancho , inspirada por el miedo , ú olvido de Cervantes , pues en varias ocasiones se ha dicho que la llevaba y aun que habia echado mano de ella , como en la reyerta contra los yangüeses.

(2) *Cebollinas* , palabra estropeada por Sancho , en lugar de *martas cebelinas* — Arr. — *Apetites* , salsas ó sainetes para excitar el apetito.

(3) *Mirar por el virote* , dice Covarrubias , es atender cada uno con vigilancia á lo que ha de hacer : metáfora tomada del que tira á los conejos y sale á buscar los virotos , que eran una especie de dardos , ó cosa parecida á estos. — Arr.

cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en



viéndole Sancho comenzó á herir de pie y de mano como niño con alferecia, y propuso en su corazon de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo.

Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza que tenía arrimada á un árbol era grandísima y gruesa y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: si la mucha gana de pelear,

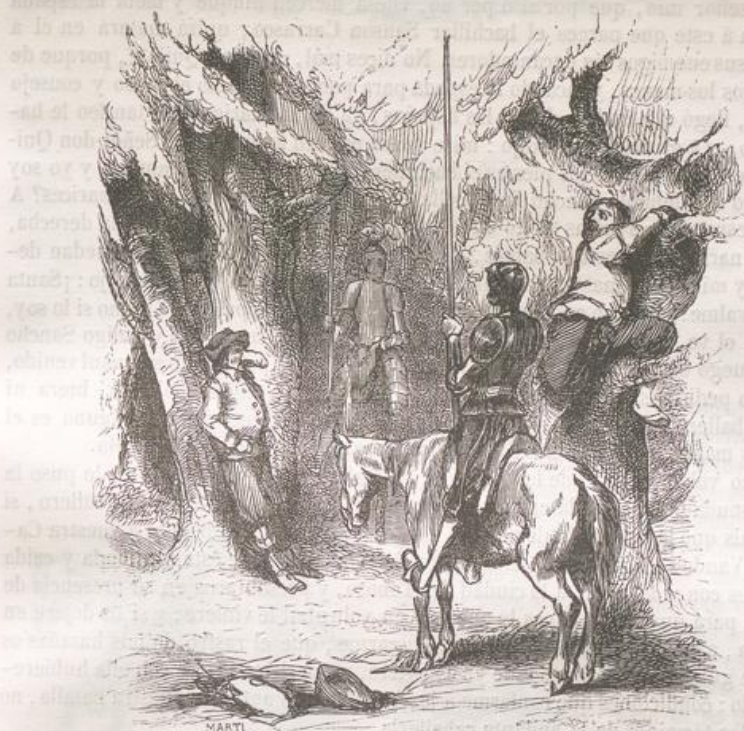
señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposición. O vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarle la visera sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dijo don Quijote, bien podeis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijistes haber vencido. A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero segun vos decís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no. Eso me basta á mí, respondió don Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereis que no soy el vencido don Quijote que pensais.

Con esto acortando razones subieron á caballo, y don Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado don Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los limites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun mónstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo (1) con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fué tras su amo, asido á una accion (2) de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese le dijo: suplico á vuesa merced, señor mio, que antes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dijo don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio por yer sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dijo don Quijote, que á no ser yo quien soy tambien me asombráran, y así ven, ayudarte hé á subir donde dices.

En lo que se detuvo don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habria hecho don Quijote, sin esperar sön de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas lijero ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo, pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya no podia moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó ríciamente las

(1) Es un juego que consiste en dar un papirote en las narices, poniendo el dedo de en medio debajo del pulgar. Este golpe se daba y da con el dedo; temia Sancho que se le diese Cecial con sus fieras y postizas narices. La voz *pasagonzalo* parece se compone de verba y nombre: esto es, *pasa*, *Gonzalo*: palabras que se dirian al descargar el papirotazo.—P.—*Pasagonzalo*, pequeño golpe dado con presteza.

(2) La correa de la silla en que va puesto y pendiente el estribo.—P.



espuelas á las trasijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista fúria llegó donde el de los Espejos estaba incando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco (1) de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pie ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió, ¿quién podrá decir lo que vió sin causar admiración, maravilla y espanto á los que lo oyeren? vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco, y así como la vió en altas voces dijo: acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco

(1) Donde se había parado ó quedado inmóvil, y como estancado. — Arr.

comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á don Quijote : soy de parecer : señor mio, que por sí ó por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca á este que parece el bachiller Sanson Carrasco ; quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dijo don Quijote , porque de los enemigos los menos, y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo : mire vuesa merced lo que hace, Señor don Quijote , que ese que tiene á los pies es el bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero : y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo : ¿y las narices? A lo que él respondió : aquí las tengo en la faltriquera, y echando la mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara de la manifiatura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande dijo : ¡Santa Maria, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y como si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero, Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sanson Carrasco nuestro compatriota.

En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo : muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demas de esto habeis de prometer, si de esta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere : y si os dejare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado : condiciones que conforme á las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballeria.

Confieso, dijo el caido caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien habeis de confesar y creer, añadió don Quijote, que aquel caballero que vencistes no fue ni pudo ser don Quijote de la Mancha, sino otro que le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque pareceis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgais y sentis, respondió el derrengado caballero : dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.

Ayudóle á levantar don Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía ; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se apartaron de don Quijote y Sancho con intencion de buscar algun lugar donde bismarle y entablarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quien era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.